

ESTADO RUSO E IGLESIA RUTHENA

(III)

La Eparquía de Presov

Los católicos checoslovacos de rito bizantino estaban concentrados casi todos ellos en la región de Eslovaquia. Su historia religiosa tiene origen en la Eparquía ruthena subcarpática de Mukacevo. La unión de Uzhorod, realizada en 1646, fue aceptada ante todo en el territorio que hoy forma la Eslovaquia oriental, donde tuvo un éxito pleno, hasta el punto de que en 1918 no existían ya en toda esta región ortodoxos. La Eparquía de Mukacevo era demasiado amplia y su obispo, Andrés Bacinsky, erigió en la parte occidental de la misma, en 1787, un Vicariato episcopal con el título de Kosice, confiando su administración a uno de los canónigos de Uzhorod. Como no podía conseguir un lugar de residencia apropiado, el vicario, Miguel Bradac, trasladaba la sede del Vicariato a Presov, después de obtener de los franciscanos su convento, que quedaba libre tras la supresión de las órdenes religiosas por orden del emperador José II. El vicario restauró la iglesia, acomodándola a las necesidades del rito bizantino.

En 1816 este Vicariato de Kosice fue elevado a Eparquía ordinaria por sugerencias de Francisco I, con el nombre de *Presov*. La erección quedaba canónicamente erigida por la bula *Relata semper* de 1818. Su territorio se extendía hasta las regiones de Abauj-Turna, Borsod, Gemer, Saris, Spis y a la región septentrional de la de Zemplin. Tenía entonces 193 parroquias y 148.987 fieles. Su primer obispo fue monseñor Gregorio Tarkovic, consagrado en 1821. Moría en 1841, después de dejar bien organizada la Eparquía.

Al terminar la primera guerra mundial la Eparquía de Presov hubo de sufrir una grave crisis interna, pues una parte de su territorio pasaba a Hungría, donde se erigía en 1923 el Exarcado apostólico de Miskolc. El obispo Esteban Novac dejó la Eparquía y fijó su residencia en Budapest, mientras en algunas regiones comenzaban algunos brotes de cisma. De 1918

a 1922 la Eparquía de Presov fue gobernada por un vicario capitular, Nicolás Rusnak, hasta que en ese año quedó nombrado administrador apostólico Kyr Dionisio Njaradi, obispo de Krizevci, de Yugoslavia, y en 1926, nuevo administrador apostólico el basiliano Kyr Pablo Godjic, ya que el anterior no podía atender debidamente a las dos Eparquías. El nuevo administrador pudo eliminar el movimiento cismático, renovar la vida religiosa de la Eparquía, llamando en su ayuda a los basilianos, a los redentoristas (todos ellos de rito bizantino) y a algunas religiosas, y acomodando la organización de la diócesis a las nuevas exigencias. Desde 1937 quedaba inmediatamente sujetas a la Santa Sede, pues hasta entonces era sufragánea de Estrigonia. En razón de los cambios de límites creados por la guerra en la Europa central, fueron adjudicadas al obispo de Presov las parroquias que Mukacevo y Hajdudorog tenían situadas dentro de territorio checo. Hasta la segunda guerra mundial los fieles de Presov vivían casi exclusivamente en la Eslovaquia oriental; después de la misma, por destrucción de muchos de sus villorrios en los Cárpatos, muchos se trasladaron a Bohemia y Moravia. Para que pudieran ser atendidos debidamente, el obispo de Presov obtuvo de la Santa Sede el indulto de birritualismo para algunos sacerdotes latinos, en cuyas parroquias se habían establecido estos nuevos fieles bizantinos³³.

El régimen comunista vino a sofocar la vida religiosa de esta floreciente diócesis uniata de Presov, que tenía entonces dos obispos (el residencial y un coadjutor), 349 sacerdotes y 321.000 fieles, según el *Anuario Pontificio* de 1950. Los ortodoxos apenas si constituían una pequeña minoría de unos 20.000. En 1948 un golpe de Estado implantó en la nación el régimen comunista, que concedió plena autoridad a las nuevas jerarquías checoslovacas rusas; a fines de noviembre de 1949 se nombraron dos nuevos obispos ortodoxos para Eslovaquia y Moravia; uno de ellos, checo de origen; el otro, ruso, precisamente para *Presov*. Para su consagración intentaron utilizar la catedral uniata, no pudieron conseguirlo por la enérgica oposición del obispo católico. Pero la lucha quedaba entablada, y comenzó el asedio y la persecución, primero con los católicos de rito oriental y más tarde con los de rito latino.

Comenzó la lucha contra los sacerdotes uniatas: primero contra los redentoristas eslavos, que únicamente pudieron salvarse acogiéndose al rito latino. En febrero de 1949 les tocaba su turno a los basilianos, cuyo convento

³³ *Oriente Cristiano*, Roma, 1962, pp. 313-314.

quedó ocupado, apresando a 12 monjes, con la excusa de que ocultaban a algunos partisanos. En abril de 1950 comenzaron a funcionar Comités para «el retorno a la Ortodoxia» en todos aquellos centros donde existían católicos uniatas. El Comité central puso su sede en Presov. La organización se llevaba con tal prudencia y sigilo, que los mismos católicos uniatas ignoraban muchas veces su existencia. A finales de abril reunieron por la fuerza en Presov una especie de Congreso uniata, recogiendo los sujetos de los pueblos y ciudades vecinas, y al que, según los datos comunistas, asistieron unos 4.000. Por unanimidad quedó aprobada la decisión de abolir todo lazo de unión con Roma, y se promulgó al clero uniota y a los fieles de todo el país un manifiesto en el que se exponían los motivos por los que se había llegado a esa ruptura con Roma y a la consiguiente sumisión a la jurisdicción del Patriarcado de Moscú. Una comisión especial se llegó al palacio del obispo para darle cuenta de la decisión tomada, invitándole a sumarse al movimiento iniciado por sus fieles. El obispo se negó, naturalmente, pero se le obligó a entregar a los revoltosos las llaves de la catedral. Ante la negativa del obispo, las puertas fueron forzadas y abiertas, y el obispo ruso tomaba posesión de la catedral. El obispo católico y su coadjutor fueron encarcelados ambos, y en enero de 1951 se les condenaba, junto a otros dos obispos, a cárcel perpetua por espionaje y alta traición.

Tras de estos actos se daba ya por liquidada la Iglesia católica uniata checoslovaca. A los sacerdotes uniatas se les ponía ante la alternativa de apostatar, pasándose a la Ortodoxia, o la persecución y el encarcelamiento. Los monjes basilianos fueron internados todos ellos en Eslovaquia, unos en un monasterio y otros en varios campos de concentración, condenados muchos de ellos a trabajos forzados. Ante estas presiones inhumanas se dijo que para fines de 1951, de los 319 sacerdotes diocesanos y de los 30 religiosos, unos 60 se habían pasado a la Ortodoxia moscovita.

Como sus pastores, también los 321.000 fieles uniatas se resistían a reconocer a las autoridades rusas. Los que habían asistido al Sínodo de Presov lo habían hecho por engaño o por fuerza. Desde entonces, el régimen comunista checoslovaco no reconocía ya jurídicamente la existencia de la Iglesia uniata, y sin más catalogaba a todos sus miembros, quisiéranlo o no, en las filas de la Ortodoxia. Ante esta situación anómala, muchos acudían a los sacerdotes latinos, pero los que se prestaban a ello eran castigados con penas severísimas.

Hay una verdadera oposición de muchos de estos fieles a las autoridades religiosas ortodoxas, y prefieren obrar ellos solos por propia cuenta, bautizando a sus hijos, enterrando a sus muertos y orando en común en las casas particulares de algunos de ellos.

Mientras tanto Moscú iba organizando la jerarquía eclesiástica. Desde 1950 el Exarcado checoslovaco quedaba dividido en tres Eparquías ortodoxas: Bohemia, con sede en Praga; Moravia, con sede en Olomouc, y Eslovaquia, con sede en Presov. Luego se pensaba ir haciendo otro tanto con los católicos latinos. En cuanto a éstos, también hubieron de gustar las amarguras de la persecución: 11 obispos, de 19, y 2.000 sacerdotes, de 7.000, encarcelados y en campos de concentración; se cerraron seminarios, conventos y monasterios, aunque se dejaron dos cátedras de Teología para la instrucción de los seminaristas y sacerdotes afectos al régimen comunista: una en Praga y la otra en Bratislava. Las autoridades comunistas se iban encargando de colocar en los puestos de responsabilidad a los sacerdotes «patriotas» que no supieron conservar su lealtad a las autoridades legítimas³⁴.

Esta situación perduró hasta que con la nueva política independentista del líder político Dubcek, a partir de los primeros días de 1968, se emprendió una campaña de revisión de los procesos injustos de la época staliniana, con la consiguiente rehabilitación política de los interesados. Entre los injustamente condenados de aquella época estaba también la Iglesia uniata.

Aunque oficialmente agregados a la Ortodoxia, bajo el Patriarcado de Moscú, muchos de los antiguos uniatas habían seguido fieles a su fe católica, negándose a frecuentar las iglesias ortodoxas y aprovechando los ministerios pastorales de las iglesias latinas. Por su parte los ortodoxos habían creado la Eparquía o diócesis de Michalovce, cuyo obispo se instalaba en el monasterio de los padres redentoristas de rito bizantino. Más aún: en la presunción de que todos los uniatas hubieran pasado efectivamente a la Ortodoxia, con una cifra global de unos 400.000 fieles, fueron organizados en cuatro diócesis, llegándose así el 8 de diciembre de 1951 a la declaración de la Iglesia checa ortodoxa autocéfala.

³⁴ MARKUS, V.: *L'incorporation de l'Ukraine Subcarpathique à l'Ukraine Soviétique*, Louvain, 1956; POTEMRA, A. L.: *Ruthenians in Slovakia and the Greek catholic Diocese of Presov*, Roma, 1961; LACKO, M.: *The forced liquidation of the Union of Uzhorod. Part. II. The destruction of the diocese of Presov*. «Slovak Studies», I, Roma, 1960, páginas 145-185; MIKUS, JOSEPH A.: *The three slovak Bishops, Their struggle for God and Slovakia*, Passaic, New Jersey, 1953, p. 46; PEKAR, ATANASIUS B.: *Historic Background of the Eparchy of Prjashev*, Pittsburg, 1968, Byzantine Seminary Press, p. 84; KUBINYI, JULIUS: *The History of the Prjasiv Eparchy*, Roma, 1970, Ikrainian Catholic University, página 213.

A partir del mes de enero de 1968 no pocas personas comenzaron a pedir su rehabilitación en los derechos civiles que se les habían retirado durante el período staliniano. También entre los uniatas comenzó a surgir la idea de pedir su propia rehabilitación, pues habían sido tan injustamente vejados por las leyes sectarias de 1950. Para mediados de marzo habían llegado ya al Gobierno decenas de millares de cartas pidiendo esta rehabilitación. En 29 de marzo se publicaba en un periódico checo la carta de los sacerdotes greco-católicos enviada al Gobierno y en la que se pedían los siguientes puntos: 1) que se publicara la verdad de cómo se habían desarrollado los acontecimientos de 1950 y quiénes eran los responsables; 2) que se restableciera la Iglesia greco-católica que se diera un obispo propio a la diócesis de Presov y que se reexaminasen los procesos seguidos contra los obispos Gojdic y Hopko; 3) que se concediera a todos los greco-católicos la libertad de conciencia y se eliminaran todos los medios coercitivos policíacos; 4) que la Iglesia greco-católica fuera moral y materialmente indemnizada y que los sacerdotes y sus familias fueran rehabilitados desde el punto de vista humano, civil, social y económico, lo mismo que todos los fieles perseguidos; 5) que se aplicasen también a la Iglesia greco-católica todos los derechos garantizados por la Constitución y por la Declaración de los Derechos del Hombre de las Naciones Unidas, ratificada también por la misma Checoslovaquia. Derechos que alcanzan a toda la Iglesia católica: enseñanza de la religión en las escuelas, libertad de prensa, de palabra y de asociación, y más en particular se pedía que se entablaran de nuevo relaciones con la Santa Sede, que fueran rehabilitados los religiosos y fueran reabiertos los seminarios.

A continuación la misma prensa nacional comenzó a ocuparse del caso de los greco-católicos, avanzando ya la idea de que esta Iglesia fuera rehabilitada. A ello coadyuvaban incluso algunos exponentes del propio Gobierno checo, dando a conocer detalles de la antigua supresión de dicha Iglesia por las presiones rusas. En presencia de este nuevo clima de democratización permitía el Gobierno a los representantes de la Iglesia católica uniata suprimida que se reunieran públicamente para tratar de esa rehabilitación. El 10 de abril se reunían en Kosice hasta 134 sacerdotes (entre ellos, el propio obispo Hopko) y 66 laicos, que designaron un Comité de acción y publicaron una resolución. Este Comité de acción comprendía 19 personas: el obispo, dos laicos y varios sacerdotes. Era reconocido además por el propio Gobierno como representante legal de la Iglesia greco-católica. Resultaba, sin embargo, que el obispo Hopko, como sujeto aún a condena civil, no era capaz de

actuar legalmente en actos públicos. En vista de ello, el Comité eligió para el ejecutivo a los sacerdotes J. Murin, S. Ujhelyi y A. Zima. El Comité presentó un memorándum sobre el modo y los términos de una eventual rehabilitación de la Iglesia greco-católica con fecha 29 de abril.

Por su parte, la misma Iglesia ortodoxa checa pedía asimismo una rehabilitación pública, acusada de haber colaborado con el Gobierno comunista a la supresión de la Iglesia católica uniata. Según sus declaraciones, la Iglesia ortodoxa checa no era responsable de la supresión de la Iglesia greco-católica, pues hubo de aceptar hechos consumados por las autoridades comunistas, y deploraba todos los incidentes anteriormente acontecidos contra los católicos. Hasta algunos sacerdotes ortodoxos de Bohemia llegaron a pedir perdón a los católicos. Serían desautorizados por las autoridades ortodoxas. Estas reconocían como legal la reunión de Presov de 1950 y pedían que, como base de discusión, se aceptara la situación o *statu quo* del 1 de enero de 1968. Era muy natural. Los católicos, en cambio, pedían el *statu quo* existente en 1950, de antes de la supresión. Así el Gobierno venía a encontrarse en una situación molesta. La opinión pública apoyaba las peticiones católicas; pero el Gobierno, creyendo que un buen número de fieles no desearía volver a la Iglesia greco-católica, decidía la organización de elecciones en todas y cada una de las parroquias, comprometiéndose a entregar iglesia y bienes eclesiásticos a la facción que mayor cantidad de votos consiguiera.

Todo el problema fue discutido por el Gobierno el 13 de junio de 1968, y emanó un decreto que en su primera parte autorizaba la restauración de la Iglesia greco-católica y en la segunda establecía las normas para el financiamiento de la misma. Se creaba para la discusión de los problemas pendientes entre las dos Iglesias una comisión de cuatro miembros, representantes de ambas, y cuya actuación no debería durar más de seis meses. Y comenzaron las votaciones previstas en unas 200 parroquias; otras 50 quedaban aún a la expectativa, por lo que se amplió el plazo de votación más allá del 13 de diciembre. Se dio como razón que la invasión de Checoslovaquia por las tropas soviéticas había impedido en algunas partes el desarrollo de la votación. La misma invasión soviética había suscitado determinadas reacciones en muchos ortodoxos, que, lo mismo que años antes, los acogían ahora también como libertadores y defensores de sus convicciones religiosas.

La situación para fines de febrero de 1969 era la siguiente: de las 246 parroquias greco-católicas existentes en 1950, habían sido restauradas me-

dian­te la citada votación popular 204; otras 24 habían pedido propia votación; dos habían conseguido mayoría ortodoxa, y 26 no habían pedido que se procediera a la votación. Sobrevivían 163 sacerdotes; 69 provenían de la Ortodoxia; entre ellos, 27 habían sido católicos y habían pasado a la Ortodoxia desde 1950 en adelante; otros 42 eran jóvenes ordenados por obispos ortodoxos.

La catedral de Presov fue entregada a los católicos el 7 de julio de 1968, y la iglesia parroquial de Kosice, el 14 del mismo mes, aunque en la residencia episcopal de Presov seguía aún viviendo el obispo ortodoxo Nicolás Kocvar, lo mismo que la iglesia y convento de los redentoristas de Michalovce seguían siendo habitados por el obispo ortodoxo Cirilo Mucicka.

Aunque las elecciones se realizaron con relativa paz y calma, no faltaron incidentes en algunos puntos determinados. Los ortodoxos acusan a los greco-católicos de actos de violencia en algunas parroquias. Más parecen haber sido los perpetrados por algunos ortodoxos exaltados; en el pueblecito de Kolonica el sacerdote ortodoxo José Helgass mató a puñaladas al greco-católico Miguel Lenko; otro greco-católico fue herido en Petrová; en Cejkov fueron lanzadas algunas piedras durante la primera celebración litúrgica greco-católica, y en Zemplinske Hradiste algunas mujeres más exaltadas lanzaron huevos podridos contra el sacerdote greco-católico Miguel Ihnat, etc. En todo caso no fueron muchos los incidentes, y en manera alguna deberá hablarse de «guerra religiosa», como lo hicieron algunos periódicos sensacionalistas.

Pero, terminado ya casi el período de democratización de Checoslovaquia, un nuevo cambio político venía a poner en peligro lo ya conseguido con tanto esfuerzo. El mismo Dubcek era arrojado del Gobierno y tomaba su lugar G. Husak, más radical, que venía a declarar las conquistas hechas por el anterior como una desviación de la línea marxista. Poco a poco iría acabando con las conquistas democráticas conseguidas. También la Iglesia greco-católica quedaba expuesta a serios peligros, comenzando a ser objeto de duros ataques en la prensa comunista. Ahora las principales acusaciones contra ella eran estas dos: que con el restablecimiento de la Iglesia greco-católica pasaba a primer plano la cuestión de la libertad religiosa y que la Iglesia misma greco-católica no quería su propia «consolidación». Esta segunda acusación resultaba especialmente peligrosa. La palabra «consolidación» expresaba todo el programa del Gobierno comunista checoslovaco, después del período dubcekniano. Todo el que creaba algún problema al Gobierno debe-

ría ser eliminado. De hecho quedaron sin resolver algunos de los problemas planteados por la Iglesia greco-católica, como el plebiscito mismo (que no se pudo terminar), el seminario, la residencia episcopal, etc.

Un nuevo problema era el del «uso común» de las iglesias por católicos y ortodoxos. En él el Gobierno tomaría una postura que favorecía a los ortodoxos contra los católicos. La mayor parte de las iglesias parroquiales se habían entregado ya a los greco-católicos, y los ortodoxos planteaban, por su parte, la cuestión de la utilización común, por unos y por otros, en muchos de los lugares. Los greco-católicos no querían saber nada de todo ello, y las autoridades eclesiásticas se mostraban muy prudentes en dar ese paso. El Gobierno intervino entonces, siempre a favor de los ortodoxos, imponiendo una utilización conjunta, aunque en diversos tiempos. Como compensación, prometía solucionar los casos pendientes, del seminario y del palacio episcopal. Se formó una comisión mixta católico-ortodoxa para discutir cada uno de los casos que se presentaran, a base de esta reciprocidad. Los primeros casos no tuvieron mucho éxito, pues fueron causa de no pocos incidentes. El Gobierno persistía en su postura, hasta el punto de que este uso conjunto de las iglesias vino a ser considerado como un signo de «consolidación» y como una condición *sine qua non* de la supervivencia misma de la Iglesia greco-católica. Y allí donde no se llegaba a un acuerdo entre las dos partes, las autoridades civiles optaban por cerrar las mismas iglesias. De ahí que el clero greco-católico se haya decidido a persuadir al pueblo que no se oponga a estas medidas de precaria convivencia, pues existe verdaderamente el peligro de una nueva supresión de la misma Iglesia uniata. En 1970 se imponía ya, por parte de las autoridades civiles, este uso común, según decreto enviado al Ordinariato católico de Presov. El 1 de enero de 1971 la situación general era ésta: de parte católica este uso común había sido admitido en 39 casos, y de parte ortodoxa, en 19.

Se creía haber superado así una seria preocupación. Pero los ataques iban a comenzar ahora por otro lado. La situación volvía a ponerse tensa otra vez. El administrador apostólico de Presov se puso en comunicación con los dirigentes del Oficio para Asuntos Eclesiásticos del Ministerio de la Cultura, en Bratislava. Como consecuencia de su gestión se le ordenaba convocar en Presov una reunión de todo el clero, donde se habría de hacer una comunicación importante. La reunión se tuvo el 7 de octubre de 1970, con la presencia del director de Asuntos Eclesiásticos del Ministerio y dos de sus colaboradores. El administrador apostólico, padre Juan Hírka, pronunció un

discurso, en el que, por una parte, agradecía todo lo que el Gobierno había hecho por la Iglesia greco-católica, y por otra, presentaba otras demandas esenciales para la supervivencia de la misma Iglesia. A continuación el delegado del Gobierno hacía la esperada declaración, de que el Gobierno no pensaba en la supresión de la Iglesia greco-católica, pero sí requería su empeño para la «consolidación» y la normalización de la situación religiosa. Desde entonces puede decirse que se siente ya una distensión confortadora en las relaciones entre Iglesia y Estado, aunque aún queden algunos problemas pendientes de solución.

¿Cuáles son ahora, los «problemas internos» de los uniatas o greco-católicos? Ante todo, la falta de un jefe propio, es decir, de un obispo. Era cierto que sobrevivía de los anteriores monseñor Cyr Basilio Hopko, presente, por cierto, en la reunión de Kosice del 4 de abril de 1968; pero, de un lado, no había sido aún él mismo «rehabilitado», y de otro, su precario estado de salud no le permitía tomar la dirección de la Iglesia, ya restablecida. Desde el 17 de julio de 1968 comenzó a funcionar en Kosice un Ordinariato, dirigido por los tres citados representantes del Comité de acción. El obispo Hopko traspasaba a uno de ellos sus propias facultades.

Pero todas estas soluciones eran temporales evidentemente y se imponía el nombramiento de un obispo propio. La Santa Sede no quería tomar ninguna decisión antes de haber hablado con el mismo obispo Hopko. Efectivamente, se presentaba en Roma en diciembre de 1968. Después de considerado todo, la Santa Sede creyó más oportuno no pasar a la designación de un obispo, sino de encargar la administración de la diócesis de Presov a un ordinario interino. Fue designado el sacerdote Juan Hirka, cuyo nombramiento se hizo público el 2 de abril de 1969, tras haber obtenido el consentimiento gubernamental. Ese mismo día se hacía pública la «rehabilitación» del obispo Hopko, que tomaba el cargo de obispo auxiliar. Por su parte, el ordinario, monseñor Hirka, tomaba posesión de su cargo el 23 de abril siguiente. Ese mismo día dejaba de existir también el anterior Comité de acción. La Curia diocesana fue inmediatamente trasladada a Presov, aunque el palacio episcopal seguía ocupado por los ortodoxos. Mientras tanto el Ordinariato se alojaba en dos locales parroquiales. Es la situación que perdura aún en la actualidad (1972).

Existía otro problema serio que resolver: el del clero. De los 328 sacerdotes de la diócesis de Presov en 1948 quedaban tan sólo ahora 163, y éstos, por lo común, de edad avanzada. Al ser restablecida la Iglesia greco-cató-

lica, una buena parte de ellos, si no todos, abandonaban sus actuales ocupaciones laicas y se ponían a disposición del ordinario para recomenzar su labor pastoral. Ofrecieron asimismo sus personas algunos sacerdotes ya retirados por su edad. Pero aún así seguía siendo muy insuficiente el número de sacerdotes para atender al número existente de parroquias. Menos mal que algunos de los que habían sido ortodoxos se pasaban ahora a la Iglesia greco-católica. Era una ayuda más: 66 en 1968 y 78 en 1970. Pero de ese número 36 eran antiguos sacerdotes greco-católicos que, después de la supresión de su Iglesia, se habían adherido a la ortodoxa. Otros 42 eran jóvenes, ordenados después del 1950 por obispos ortodoxos. Para estos últimos se organizó un curso particular, a fin de que se pusieran al corriente de las respectivas materias teológicas. Se presentaron asimismo ocho candidatos más, que tenían ya casi terminados sus estudios teológicos en el 1950, y fueron ahora ordenados por el obispo Hopko. De ese modo, casi todas las parroquias greco-ortodoxas pudieron tener su sacerdote propio.

En todo caso sigue siendo un problema la formación de nuevos sacerdotes, pues, a pesar de todas las promesas del Gobierno, no ha sido restituido aún el seminario. Los nuevos candidatos hubieron de ser enviados a dos seminarios latinos: 12 al de Bratislava y cuatro al de Litomerice. En total, 16 en 1968 y 28 en 1970.

Como símbolo de la nueva situación, el 29 de octubre de 1968 eran exhumados los restos del último obispo de Presov, monseñor Kyr Pablo Gojdic, fallecido en prisión el 17 de julio de 1960 y enterrado en el cementerio de Leopold con el número 681, que era su número de preso. Ahora eran exhumados sus restos ante la presencia de 20 sacerdotes y unos 30 laicos, y quedaban honrosamente sepultados en la catedral de Presov.

Esta restauración de la Iglesia greco-católica de Checoslovaquia no ha dejado de suscitar serias dificultades en el campo ecumenista. Algunos, incluso católicos, veían en estos acontecimientos un golpe muy duro contra el ecumenismo. Hubieran preferido que hubiera seguido la misma situación creada en el 1950, para no crear nuevas dificultades entre católicos y ortodoxos. Cierto que no llevan razón. No se trata de una operación de proselitismo organizado ni se ha dado el paso de una Iglesia cristiana a otra. Sencillamente, la decisión arbitraria del 1950 operaba un cambio *meramente oficial*, sin que quedaran afectados los responsables por un consentimiento interno, en aquel paso forzado a la Ortodoxia. Ahora recuperaban su libertad y volvían a mostrarse católicos, como lo habían sido siempre, aun des-

pués de esa adhesión involuntaria oficial. En este sentido tenía que publicar una declaración el representante del Comité de acción con fecha del mes de mayo de 1968: «La Iglesia greco-católica, decía la declaración, había sido liquidada por la fuerza en el mes de abril de 1950. Los fieles habían sido, contra su propia voluntad y contra sus propias convicciones, aplicados a la Iglesia ortodoxa. Asimismo fueron entregados a la misma Iglesia todos los bienes eclesíásticos, como iglesias, casas parroquiales, etc. Pero, no obstante la presión y la persecución, la gran mayoría de ellos, clero y fieles, permaneció adherida a su Iglesia greco-católica. Y ahora, tras dieciocho años de persecución, la misma Iglesia greco-católica, y tras una votación masiva popular, quedaba rehabilitada y restablecida. Si alguno de los exponentes del ecumenismo queda perplejo ante este acontecimiento y lo considera quizá como menos conforme al ecumenismo, a ése nosotros le declaramos que aceptamos el movimiento ecuménico, tal como es presentado en el decreto sobre ecumenismo del Vaticano II, y al mismo tiempo hacemos nuestro también el otro decreto o declaración sobre la libertad religiosa, aprobada por el mismo Concilio. Si durante los años 1950 a 1968 nos ha creído alguno ligados a la Iglesia ortodoxa, según las estadísticas proporcionadas por esa misma Iglesia, se engaña. Nosotros hemos seguido en una gran mayoría fieles a la Iglesia católica. Por eso mismo ahora no puede decirse que abandonamos la Iglesia ortodoxa; ni la Iglesia católica podrá ser acusada de un ilícito proselitismo. Tan sólo volvemos a ser legalmente lo que siempre habíamos sido. Declaramos asimismo que todos los que de buena fe quieran pertenecer a la Iglesia ortodoxa no sólo no serán molestados por ello, sino que tendrán todo nuestro respeto. Pero, al menos, que exista una libertad de conciencia igual para todos los que quieran declararse públicamente greco-católicos.» Firma la declaración el doctor Juan Murin, presidente del Comité de acción.

Resulta claro que los católicos nada han hecho en contra de la Iglesia checoslovaca ortodoxa. No han actuado contra las comunidades ortodoxas existentes de hecho antes del 1950 ni han exigido iglesia ninguna de las construídas desde entonces por los ortodoxos. Ni siquiera se han apoderado, como pudieran haberlo hecho con toda legalidad, de importantes edificios que les eran propios, como la residencia episcopal, el seminario, el monasterio y la iglesia de los padres redentoristas de Michalovce, etc., siempre esperando de los ortodoxos un signo de buena voluntad. Por otro lado, reivindicando también para ellos el principio de la libertad de conciencia,

han publicado y profesado públicamente su propia fe. Y si el metropolitano de Praga, del que vienen las principales quejas por parte ortodoxa, reconoce ese mismo principio de libertad religiosa, debe al mismo tiempo reconocer todas sus lógicas consecuencias, esto es, que los greco-católicos tienen perfecto derecho a sus propias iglesias, a sus casas parroquiales, etc. En todo caso, el procedimiento seguido ha sido plenamente democrático: el plebiscito. Si los fieles se declaran greco-católicos y las autoridades les asignan sus propias iglesias (que, por lo demás, ya les pertenecían antes del 1950), no puede cualificarse este acto de acto hostil a los ortodoxos. Y si en alguna parte ha habido que lamentar esporádicos incidentes, es desagradable, ciertamente, pero hubieran podido evitarse si los mismos ortodoxos hubieran sacado las consecuencias del voto plebiscitario del pueblo. Y, finalmente, si la Iglesia ortodoxa checoslovaca ha quedado tan disminuida en sus estadísticas, tampoco debe culparse por ello a los greco-católicos. No se trata, en resumen, de un proselitismo ilegítimo; los greco-católicos no han hecho más que declarar públicamente una situación en la que siempre habían vivido³⁵.

La Eparquía de Hajdudorj

Los húngaros católicos de rito bizantino quedan comprendidos todos ellos en la Eparquía de Hajdudorj, erigida en el 1912, y en el Exarcado de Miskolc (1923). Su existencia tiene íntima relación con la Iglesia católica bizantina de la Ruthenia subcarpática, de Eslovaquia y la Transilvania y no menos con la Iglesia de Rumania. La liturgia se celebra en húngaro, aunque dentro del rito bizantino, ya que desde 1868 existía un movimiento nacional que pedía la celebración de la liturgia precisamente en la lengua nacional. Pertenecían todos ellos a la Eparquía de Presov.

Una primera traducción de la liturgia de San Juan Crisóstomo al húngaro se remonta al 1795, publicada tan sólo para uso privado, no público. En el

³⁵ LACKO, Michele, S. J.: «Il ristabilimento della Chiesa greco-cattolica in Cecoslovacchia», *Unitas* (Roma), 1971, 271-286; 1972, 19-28; LACKO, M.: «La Chiesa Greco-cattolica in Cecoslovacchia», *Rusia Cristiana*, 1969, núm. 104, pp. 59-70; LACKO, M.: «La riabilitazione della Chiesa greco-cattolica in Cecoslovacchia», *Oriente Cristiano* (Palermo), 1969, pp. 54-84; LACKO, M.: «La Iglesia Greco-católica en Checoslovaquia», *Oriente Europeo*, 1969, pp. 317-334; LACKO, M.: «The re-establishment of the Eastern Catholic Church in Czechoslovakia», *Diakonia*, 1969, pp. 136-155; ORTIZ DE URBINA, I.: «Se rehacen los católicos orientales en Eslovaquia», *Unidad Cristiana*, 1969, núm. 1, pp. 67-68; «Ristabilita la Chiesa greca cattolica» (Checoslovaquia), *Oriente Cristiano* (Palermo), 1968, núm. 2, pp. 82-84.

1868 se reunió en Hajdudorj un Congreso, con representación de 58 parroquias de lengua húngara, para tratar del modo de obtener la constitución de una Eparquía propia de lengua litúrgica húngara. Se nombró una Comisión ejecutiva, y desde entonces no ha cesado ese movimiento nacional en favor de la lengua húngara para la liturgia. En el 1862 el párroco de Hajduböszörmeny, Ignacio Roskovics, publicó un libro de preces y cantos para uso de los fieles en húngaro, pero sin aprobación oficial; contenía los principales textos litúrgicos en uso entre el pueblo. En 1882 apareció la traducción húngara de la liturgia de San Juan Crisóstomo para el uso litúrgico, y en el 1890 la de otras dos liturgias, a saber: la de San Basilio y la de lo Presanctificado. Finalmente, en el 1883 la de las partes principales del *Euclologio* o Ritual, que tuvo una segunda edición en 1907. Pero es de advertir que ninguno de todos estos libros llevaba la correspondiente aprobación eclesiástica. En el 1873 el obispo de Mukacevo, Esteban Pankovic, erigió en Hajdudorj un Vicariato episcopal con Cancillería particular, donde se utilizaba tan solo el húngaro. En el entretanto, algunos sacerdotes particulares comenzaron a utilizar el húngaro en los oficios litúrgicos por propia iniciativa.

En 1900 acudió a Roma una gran peregrinación húngara de rito bizantino para la celebración del Jubileo, y con esa ocasión presentó a León XIII una súplica pidiendo se les permitiera el uso de la lengua húngara en la liturgia, y la erección de una Eparquía propia. Después de una larga dilación, y como consecuencia de nuevas presiones nacionales, San Pío X erigió al fin, con fecha 8 de junio de 1912, la Eparquía de Hajdudorj para todas las parroquias de rito bizantino de lengua húngara. Eran en total 162, provenientes de las más diversas procedencias: 70 de Mukacevo (ruthenas), ocho de Presov (eslavas), 35 de Fagaras y Alba Julia (rumanas) y una de la archidiócesis de Estrigonia. La sede de la nueva Eparquía se establecía en Debrecen, luego en Nyiregyhaza, desde donde las comunicaciones son más fáciles que desde Hajdudorj. En la erección de esta Eparquía húngara había tenido una buena parte el Gobierno, por razones no sólo religiosas, sino también políticas. Es que el Gobierno de Budapest tenía sumo empeño en arrancar estas poblaciones de la influencia ruthena y rumana, y creía que sería una buena oportunidad para ello la erección de una Eparquía propia, que reuniese todas esas parroquias citadas. Quizá por eso mismo tardara tanto la definitiva erección de la Eparquía, que suscitó violentas reacciones entre los rumanos, aun católi-

cos. Por lo que a los ortodoxos rumanos se refiere, llegaron tan allá, que incluso colocaron una bomba en el palacio episcopal de Debrecen (14 de febrero de 1914).

El húngaro se concedía sólo para las funciones no estrictamente litúrgicas, pues para éstas seguía siendo obligatoria la lengua griega. Se concedían tres años para la adaptación del griego a la liturgia; pero sobrevino la guerra, y hubo de alargarse la prórroga. Y luego, como consecuencia de la guerra, merced a los cambios políticos introducidos por ella, la Eparquía de Hajdudorj vino a perder hasta 78 de sus 168 parroquias. En el 1940 las volvería a recuperar casi todas; pero después de la segunda guerra mundial volvía a perderlas en 1945. Hoy cuenta con 107, todas ellas dentro de Hungría. Después de la primera guerra mundial y como consecuencia de rectificaciones posteriores, habían quedado en territorio húngaro 21 parroquias de la Eparquía de Presov (Eslovaquia), y una de Mukacevo. Todas ellas quedaron reunidas en un Exarcado titulado de Miskolc (1923), cuyo exarca fue designado Antonio Papp, anterior obispo de Mukacevo. Si antes estas parroquias eran ruthenas, de lengua eslava, hoy ya todas son de lengua húngara nacional. Al morir en 1945 el exarca monseñor Papp, la administración del Exarcado se encomendaba también al obispo de Hajdudorj.

Sobre estos húngaros bizantinos hemos de recordar los establecidos en la diáspora, que emigraron a comienzos de siglo hacia América. Los hay en Pittsburg, de los Estados Unidos, donde tienen 17 parroquias, más otras tres en la Eparquía ucraniana de Toronto (Canadá). El estado actual, pues, de los húngaros de rito bizantino puede resumirse en los siguientes datos: En la Eparquía y Exarcado dentro de Hungría misma, 135 parroquias, con 200 sacerdotes seculares y 21 religiosos. Los fieles pueden sobrepasar los 250.000³⁶.

Como el Imperio austro-húngaro en general, y para nuestro caso la región de Hungría, han dado origen a diversos Estados europeos como consecuencia de la primera guerra mundial, resulta difícil hacer la historia de la Iglesia bizantina, tanto ortodoxa como católica en el actual

³⁶ SANTOS, A.: *Iglesias de Oriente. II. Repertorio Bibliográfico*, pp. 321-323, con siete obras recensionadas; *Oriente Cattolico*, Roma, 1962, pp. 351-357; PATACSI, Gabriel, S. J.: «Die ungarischen Ostchristen», *Ostkirchl. Studien*, 1962, pp. 273-305; TIMKO, Imre: «Katholische Ostchristen in Ungarn», *Der Christliche Osten*, 1969, pp. 91-95; PAPP, G.: «I monaci dell'Ordine di San Basilio in Ungheria nel secolo XIII», *Analecta OSBM*, 1949, S. II, pp. 39-56.

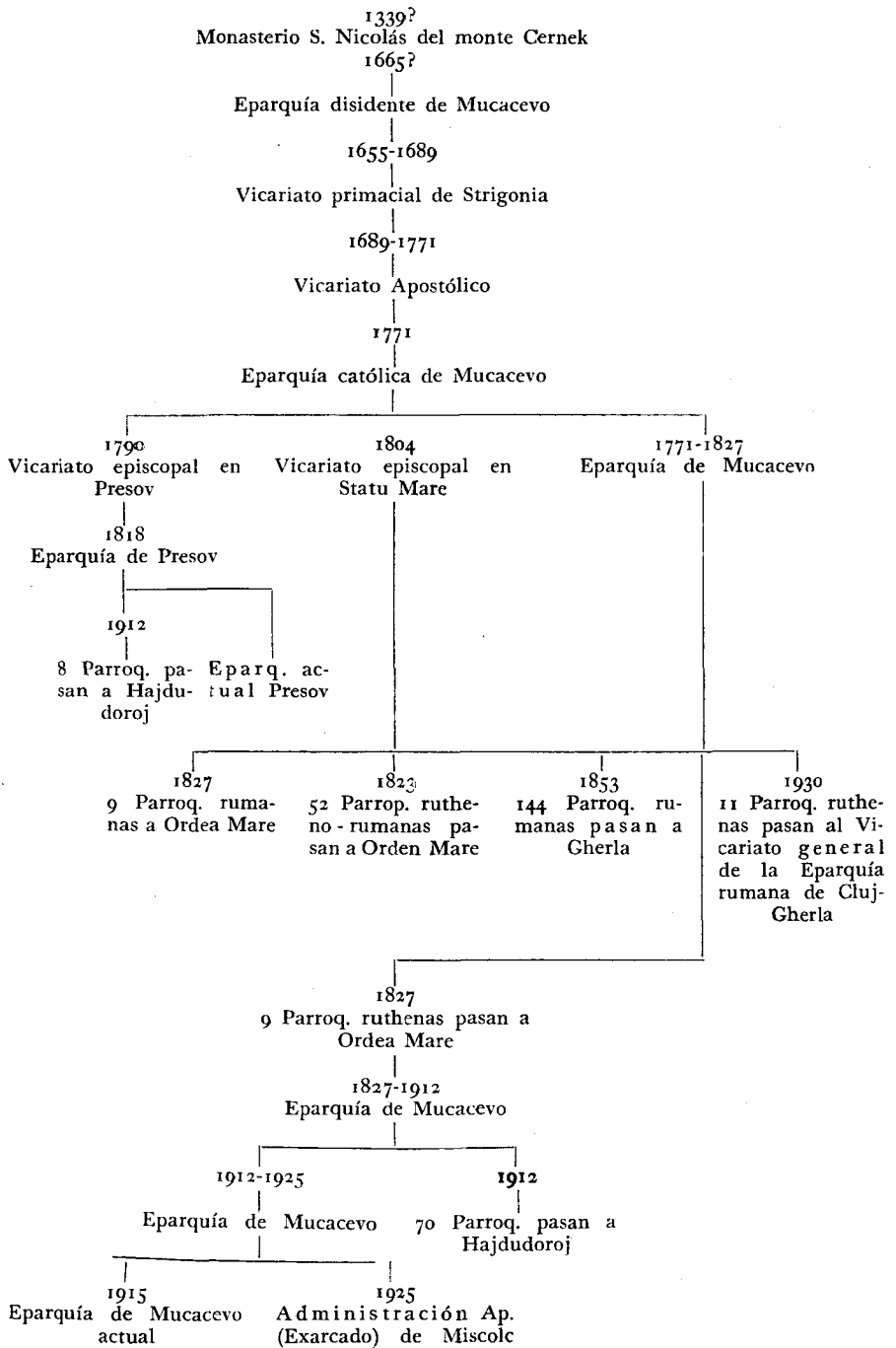
Estado húngaro. Se verá en los respectivos Estados surgidos o cambiados en sus límites fronterizos después de la citada guerra. Por lo que a los católicos de rito bizantino se refiere, hubo un gran movimiento de uniones a Roma en lo que entonces era el Imperio húngaro, a partir del siglo XVIII. Recordemos algunos datos, que se desarrollarán más ampliamente en sus respectivos posteriores Estados.

Ese movimiento masivo de uniones se dio particularmente entre los ruthenos y los rumanos de la Transilvania, territorio que ha estado en continuo litigio hasta nuestros mismos tiempos. El movimiento unionístico de aquella época lo favoreció sobre todo el arzobispo Leopoldo Carlos Kollonitz (1695-1707). Se erigió el Obispado de Fagaras en el 1721. Gracias al interés mostrado por la emperatriz María Teresa, se erigieron nuevos Obispados católicos de rito bizantino: el de Mukacevo (Munkacs), en la Subcarpacia el año 1771, y en el 1777 el de Gran Varadino (Oradea Mare, Nagy-Varad), para los rumanos, en la Transilvania. Ese mismo año, 1777, el di Krizevci o Kreutz, para la población croata. En el año anterior, 1776, fueron desmembrados de la diócesis de Estrigonia las nuevas sedes de Roznava, Spis (Zips) y Banska-Bystrica (Neosolio), que luego quedarían incluidas en Checoslovaquia. En el 1777 también se erigían nuevas diócesis de rito bizantino en Sabaria (Szombathely) y Alba Real. En el 1804 erigía Francisco I dos diócesis nuevas, en Cassovia (Kosice, Kassa), en territorio de la futura Checoslovaquia, y Szatmar (Statu Mare), en territorio de la actual Rumania. Y en 1818 la diócesis de Presov (Prjasev), para los ruthenos (Checoslovaquia). Dos diócesis más de rito oriental fueron erigidas en tiempo de Francisco José, en 1853, la de Lugos y la de Cluj, adjudicadas a la nueva metrópoli de Fagaras (Alba Julia, Blaj). Hasta que en el 1912 se erigió la de Hajdudorj.

Podemos apreciar que la mayor parte de estas diócesis orientales quedarían incluidas en territorios que han constituido luego nuevos Estados independientes, como Yugoslavia, Checoslovaquia y Rumania. Hemos visto que en la actualidad tan solo existen en territorio húngaro la Eparquia de Hajdudorj y el Exarcado de Miskolc. Total, unos 250.000 católicos de rito bizantino, y unos 30.000 ortodoxos, para el año 1960³⁷.

³⁷ Sobre la historia del grupo rutheno subcarpático véase GATTI, CARLO-KOROLEVSKIJ, Cirilo: «Ruteni della Rutenia podcarpatica», en su obra *I Riti e le Chiese Orientali*, Génova, 1942, pp. 685-707.

ESQUEMA GENERAL DE MUCACEVO Y DE PRESOV Y SUS DESMEMBRACIONES



Ruthenos de Maramures y de la Bucovina

El territorio habitado por ruthenos en el Maramures era mucho más amplio en la antigüedad, pero los que no estaban reagrupados en este territorio, pronto fueron absorbidos por los rumanos. Hasta la segunda mitad del siglo XIX existía en Oradea Mare una parroquia ruthena con iglesia propia, aunque sus feligreses hablaban húngaro o rumano.

En cuanto a la región de la Bucovina, era un país mixto de rumanos, ruthenos, alemanes (israelitas, en gran parte), polacos, húngaros y checos, que podían provenir de tres elementos diversos: 1) Los llamados *hutsulos*, o montañeses de los Cárpatos, que además viven también en territorio de la Galitzia y en los valles altos de la Eparquía de Mucacevo; 2) *Ruthenos* propiamente dichos, llegados a esta región en diversas épocas, ciertamente antes de la reunión de este territorio a la Galitzia en 1777. Muchos de ellos quedaron asimilados con los mismos rumanos, a la vez que algunos de estos últimos se eslavizaron; 3) *Colonos* llevados allá por el Gobierno austríaco, o en el 1777 inmediatamente tras la anexión del territorio que en un principio formaba parte de la Moldavia, o después del 1848, tras la separación de la Galitzia, aunque siempre bajo el gobierno de los Augsburgo.

Los ruthenos emigrados de la Galitzia a Bucovina después de 1777 eran todos ellos católicos; pero hubieron de verse privados de propios sacerdotes. Para remediarlo en alguna manera, el rector del seminario fundado por María Teresa en el 1774, anejo a la Iglesia católica de rito bizantino de Santa Bárbara de Viena, Josafat Bastasic, pedía al nuncio Carampi en 1780, que se enviara un obispo en lugar del ortodoxo difunto y residente en Radaut. La presencia de tal obispo, más el clero que él mismo pudiera llevar consigo, hubiera parado el paso de todos estos católicos bizantinos a la Ortodoxia. Ya estaba decidida la fundación de seis iglesias católicas en otras tantas localidades, cuando la intervención del obispo ortodoxo Dositeo Herescul, hubo de hacer aplazar la fundación de estos puestos de misión, para tiempo más oportuno.

Algo más tarde el metropolitano de Halyc Antonio Anhelovyc volvía sobre la misma idea en el 1806, pero entonces las guerras napoleónicas distrajerón la atención del Gobierno austríaco. Nuevas tentativas en 1862, pero infructuosamente también. Tan sólo en 1881 sería inaugurada la pri-

mera parroquia greco-católica en Cernauti. Precisamente uno de los motivos que inducirían en 1885 a la desmembración de la Eparquía de Leopold, y a la erección del Obispado de Stanislaviv, sería el cuidado espiritual de estos ruthenos católicos de la Bucovina.

Después de la guerra mundial, la Bucovina quedaba agregada al Estado de Rumania, con lo que ya no era factible la jurisdicción del obispo de Stanislaviv sobre esta región. Se erigió una Administración apostólica con sede en Cernauti, administración que se suprimía a su vez el 5 de junio de 1930. Los ruthenos de la región de la nueva Eparquía de Maramures pasaban a la jurisdicción de un Syncello, o vicario general, del obispo rumano de Oradea Mare. Después de la segunda guerra mundial, y la ocupación de la Besarabia y Bucovina por la Unión Soviética, la mitad de las parroquias ruthenas han pasado a la jurisdicción del Patriarcado ortodoxo de Moscú. En Besarabia todos los ruthenos son ortodoxos³⁸.

El problema general de los uniatas

Quizá sea éste el sitio más a propósito para tratar de ellos. Hemos hecho ya una alusión al problema, cuando exponíamos el punto de los católicos uniatas de la Iglesia de Grecia. Repetimos que se llama comúnmente «uniatas» a todos aquellos cristianos que, anteriormente separados en sí mismos o en sus antepasados, pasaron a formar parte de la Iglesia católica mediante su unión, pero reteniendo su propio rito oriental en las diversas naciones o Iglesias de Oriente.

Esta unión con Roma, o mejor, esta existencia de católicos con su rito oriental, es una cuestión que ha molestado particularmente a muchos Jerarcas orientales ortodoxos. Ultimamente han dejado sentir ese disgusto algunos personajes, fijando a la vez su postura en relación con el Concilio Ecuménico que se preparaba. Escogemos dos casos tan solo: el del profesor Crisóstomo Constantinidis, de la Facultad teológica de Halki en Estambul, y el del metropolitano Jacovos, jefe espiritual de todos los ortodoxos greco-bizantinos de América.

El profesor Constantinidis publicaba en el órgano oficial del Patriarcado de Constantinopla, con fecha 14 de octubre de 1959, un artículo que intitulaba: *El Concilio Ecuménico y nosotros*. Dice expresamente que se trata

³⁸ GATTI-KOROLESKIJ: *I Riti e le Chiese Orientali*, pp. 707-709.

de una opinión «personal», pero el hecho de publicarse en el órgano del Patriarcado, le da un alcance mucho mayor. Trata de hacer unas «sugerencias» a la Iglesia romana con ocasión de ese Concilio, a fin de que pueda evitar algunos pasos en falso, que pudieran impedir el camino para otros futuros contactos.

Entre sus sugerencias, se encuentra la siguiente: que la Iglesia romana renuncie, desde ahora para siempre, a actividades y posiciones que provocan el descontento entre los ortodoxos, y son un verdadero obstáculo para una unión e inteligencia, sobre todo, la *Ounía*, o sea, la existencia de comunidades católicas de rito oriental, unidas a Roma.

Más importancia tuvieron las declaraciones del metropolitano Jacovos, de gran autoridad dentro del Patriarcado ecuménico. En el semanario *Andreas*, del Patriarcado, publicó, en los diversos números de junio y julio de 1959, hasta cinco artículos con el título general de «Caminos de la unión». Por ellos podemos conocer el punto de vista de muchos ortodoxos sobre el modo de preparar la unión entre las Iglesias, que en la hora actual sienten más que nunca esa nostalgia de la unidad. El arzobispo cree que no ha llegado aún el tiempo de la comunión en la plegaria y en la vida sacramental, y mientras tanto se hace necesaria una convivencia—«coexistencia» diríamos más bien—, entre las dos Iglesias bajo el signo de la caridad. Pero para que puedan tener alguna eficacia los mutuos encuentros entre teólogos católicos y ortodoxos, es indispensable que por parte de la Iglesia romana queden descartados el «uniatismo», el proselitismo y una tendencia que él llama imperialista.

Acerca de los «uniatas» decía expresamente Jacovos: «El sistema "uniata" que existe en la Iglesia latina desde el siglo xvi, no ha conseguido otra cosa que mantener una profunda desconfianza en la conciencia de la Iglesia ortodoxa. ¿Qué es el "uniatismo"? Si nos atenemos a las apariencias, dice él, rito uniata y rito ortodoxo no se diferencian en punto ninguno. Bajo su rito, aparentemente ortodoxo, los "uniatas" encubren una conciencia católica por su sumisión al Pontífice romano. Si preguntarais, os responderían que no existe diferencia ninguna entre ellos y los ortodoxos.»

Para monseñor Jacovos, si nos atenemos a las expresiones enunciadas, los «uniatas» no tienen otra finalidad que la «corrupción» de la Iglesia ortodoxa. Si fuera verdad, habría que concluir que la existencia de los «uniatas» sería realmente funesta a la futura unión, por el hecho de que

favorecería un continuo antagonismo en el que sus partidarios mantendrían el oficio de salteadores. Y aduce el ejemplo de Grecia en 1922, cuando hubieron de repatriarse los súbditos griegos del territorio turco; concluye deseando que la Iglesia romana renuncie a practicar el sistema uniata, tan funesto para la unión.

Algo parecido viene a concluir al desarrollar el punto del «proselitismo» enunciado antes. El tercer punto u obstáculo, que se resume en lo que hemos llamado una «tendencia imperialista», se refiere a las relaciones diplomáticas o concordatos que la Santa Sede establece con naciones de religión ortodoxa. Queda, pues, clara su postura con respecto a la existencia y permanencia de estos católicos «uniatas»³⁹.

Ciertamente, que es este un punto muy delicado que afecta a los ortodoxos, pero que difícilmente podrá ser derogado por la Iglesia católica, ya que su espíritu universal y católico puede admitir muy bien dentro de su seno a toda clase de ritos orientales que sean católicos. Es, además, una exigencia de la esencia misma de la Iglesia, que en todo, aun en los ritos, es católica, universal. No se trata de una mera táctica apostólica; es una exigencia que emana de la esencia misma de la Iglesia católica. Hubo tiempos en que estas ideas no podían caber dentro de unas mentalidades estrechas, para las que los católicos de rito oriental, o «uniatas», no serían más que unos católicos de segunda fila, siempre sospechosos, poco imbuidos en espíritu romano, pues ese espíritu no podría adquirirse más que en su fuente auténtica, que era latina, occidental. Tal concepción es teórica e históricamente falsa. Roma es el centro de la unidad, pero su ideal, como a su tiempo lo expresó Pío XI, es el de unir sin unificar, coordinar sin

³⁹ Como bibliografía puede verse: KOROLEVSKIJ, Cirilo: «L'Uniatisme: définition, causes, effects, étendue, dangers, remèdes», *Irenikon*, colección, núms. 5-6, p. 64; *Idem*: «Réflexions sur l'Uniatisme», *Irenikon*, 1929, pp. 233-260; SANTOS, Angel: «El problema de los Uniatas», *Sal Terrae*, 1961, pp. 35-38, y *Misiones Extranjeras*, 1961, pp. 306-319; EDELBY, N.: «Orthodoxie et Uniatisme», *Perspectives de Catholicité*, 1962, pp. 246-252; MEIJER, J.: «The Uniates, an obstacle to Church Unity?», *Sobornost*, 1968, núm. 6, pp. 422-429; «Uniatas et Latinisation», *Eastern Churches Quart*, 1946, pp. 433-439; GEDAY, Michel, S. J.: «Uniatisme et Union», *Le Caire*, 1964, Edition du «Lien», p. 40; «Unia e Uniatismo», *Oriente Cristiano* (Palermo), 1966, núms. 1-6-11; INDEKEU, Charles: «Uniatism and Ecumenical Dialogue», *Diakonia*, 1967, pp. 109-120; HOPKO, Thomas: «Reflections on Uniatism», *ibidem*, 1968, pp. 300-311; HERBERT, Victor L.: «Uniatism: A critique», *ibidem*, 1967, pp. 121-136; MALOOF, Allan, S. P.: «A Melkite view of the so-called Uniates», *ibidem*, 1967, pp. 101-108; KERAME, Oreste: *Unionisme, Uniatisme, Arabisme chrétien*, Beyrouth, 1957, p. 74; ZOCHBY, Elias: *Uniatisme et Oecumenisme*, El Cairo, 1963, Edition du «Lien», p. 32; ZOCHBY, Elias: «Uniatism and Ecumenism», *Diakonia*, 1970, pp. 209-217; PATELOS, C.: *La politique de Latinisation des Uniates au sein de la Commission Préparatoire du Vatican I (1867-1870)*, Louvain, 1969, Dissert. pp. X-222.

absorber, agrupar sin identificar. Es lo que aparece en toda la tradición de la Iglesia.

La existencia de estas Iglesias orientales católicas, como unidades parciales, se hacía necesaria, una vez que no cabía pensar ya en uniones totales como las llevadas a cabo en Lyon o Florencia. Pero su aparición y permanencia ha ocasionado disgustos y amarguras a muchos jerarcas ortodoxos, como acabamos de recordar. Y a veces había motivo para ello; y sería lo que hoy dificultaría el diálogo de la unión. Los misioneros católicos de los siglos pasados trabajaban con los ortodoxos como si se tratara a veces de propios paganos. Su modo de proceder y comportarse les hizo a veces aparecer como quintas columnas del Vaticano. Y el proceso de latinización a que estuvieron sometidas otro tiempo estas comunidades uniatas, hace que los ortodoxos juzguen como engañosas las reiteradas promesas de respeto de Roma hacia sus tradiciones. Parece que los ortodoxos están dispuestos, sí, al diálogo con la Iglesia latina, pues la escisión fue entre Roma y Constantinopla; por lo tanto, se negarían a negociar en plan de igualdad con los católicos «uniatas». En cambio, parece que precisamente estos católicos «uniatas» serían los más y mejor llamados para este diálogo, por tantas afinidades como tienen con el Oriente separado. Se habla precisamente de que estos católicos de rito oriental podrían ser como el *punte de unión* entre católicos y ortodoxos. Lo recuerda el Concilio Vaticano II en su decreto sobre las Iglesias orientales: «Corresponde a las Iglesias orientales en comunión con la Sede Apostólica romana la especial misión de fomentar la unión de todos los cristianos, sobre todo de los orientales, según los principios del decreto sobre el ecumenismo de este Santo Concilio, y lo harán primeramente con su oración, con su ejemplo, con su religiosa fidelidad a las antiguas tradiciones orientales, con mutuo y mejor conocimiento, con la colaboración, y la fraternal estima de instituciones y mentalidades⁴⁰.

Evidentemente, en la medida en que estos católicos «uniatas» sean fieles al Oriente, estarán en condiciones para cumplir mejor con su vocación ecuménica de aproximación y reconciliación. Ellos han sido los primeros en padecer por causa de las divisiones entre los cristianos, y ello avalora más y más su reconocida fidelidad a Roma. Los ortodoxos, en efecto, son sus hermanos de raza y de sangre, hablan la misma lengua y celebran el mismo culto, han luchado con ellos en tierra infiel, pertenecen a la misma familia, y viven de un mismo patrimonio. Este patrimonio, de

⁴⁰ Decreto sobre las Iglesias orientales, núm. 24.

origen apostólico, es sagrado, y si ellos se mantienen fuertes en su fe, demostrarán por el mismo hecho, a los ortodoxos, que la comunión con Roma es enteramente compatible con la total conservación de todo lo que forma la riqueza espiritual del Oriente cristiano. Por esa fidelidad estarán en condiciones de cumplir su misión ecuménica, y de llenar su papel de «unificadores». En este sentido hablaba el patriarca de Antioquía Máximos IV: «¿Es necesario recordar —decía—, que nuestra gran fuerza en el trabajo de la unión, es el agudo sentimiento que experimentamos de la gran desdicha que es la división? En los países de gran mayoría católica, como Italia o España, la división de los cristianos es un mal lejano, un mal de razón por así decirlo, que no lleva consigo consecuencias graves en la vida pública... Nosotros sufrimos en nuestro propio espíritu, en nuestro corazón, en nuestra carne, la división de los cristianos... Los cismas dividen los miembros de la misma familia, dificultan nuestra acción profunda en nuestro medio social, y exponen a nuestros cristianos a la burla de sus compatriotas musulmanes. La unión es un problema que nos obsesiona, una sed que nos quema. La unión forma parte de nuestra misma existencia... Somos de la misma raza que nuestros hermanos ortodoxos, de la misma lengua, de la misma mentalidad, de la misma liturgia. La unión para nosotros sería únicamente una reconciliación de familia, no una humillante sumisión o una confesión de culpabilidad. Propuesta por nosotros, la unión no presenta para nosotros ninguna ventaja personal. Al contrario, contribuye incluso a nuestra desaparición como comunidad jerarquizada. Nosotros esperamos precisamente que, una vez restablecida la unión, no habrá ya cuestión de Iglesia oriental unida, o uniata, sino de Iglesia oriental simplemente, en cuyo rango entraremos nosotros, como quienes nunca hemos salido de él»⁴¹.

Y comentando estas declaraciones del patriarca Máximos IV, decía el profesor Alivisatos, de la Universidad de Atenas: «Sobre la base de estas sanas consideraciones, entreveo yo la posibilidad de una próxima inteligencia entre las dos grandes Iglesias, efectuada por el intermedio de las Iglesias orientales católicas. Por su posición entre los dos mundos, las Iglesias unidas, tomando una actitud que no se prestará ya a equívocos y no podría ser calumniada, vendría a ser, no ya un simple lazo, sino el "puente" bendito, en vano buscado hasta el presente, para la reunión de las dos grandes partes del cristianismo que, al realizar por su unión la existencia auténtica de la *Una Sancta*, la impondrán seguramente a todo el mundo

⁴¹ Véase su obra *Voix de l'Eglise en Orient*, Basilea, 1962, p. 29.

cristiano para que se cumpliesen las palabras y la voluntad de nuestro Señor: a fin de que todos sean uno»⁴².

El denominado rito rutheno

Los ruthenos, unidos en sus diversos grupos, según hemos considerado, son sin duda, en sus 5.182.285 miembros en total, el grupo más numeroso de católicos de rito oriental. Al cultivar sus antiguas tradiciones canónicas, espirituales y litúrgicas, propias del Oriente cristiano, eran la prueba más palpable de la verdadera catolicidad de la Iglesia de Roma. A pesar de las gravísimas dificultades en que ha tenido que desenvolverse su vida, han demostrado una vitalidad vigorosa y fecunda. Y en la actualidad pueden seguir manifestándola en la diáspora, donde pueden vivir sin molestias de nadie, según la tradición espiritual de su historia. Mientras dura la persecución en la nación rusa y países satélites, los católicos ruthenos han de verse forzados a vivir una vida de catacumbas.

Pero la introducción de no pocas costumbres latinas han dado origen a lo que podría llamarse un especial «rito rutheno». Así puede llamarse el que era seguido en la práctica en las diócesis uniatas ruthenas hasta el 1945, a saber: Leopold, Peremysh, Stanislaviv, Mukacevo, Presov y Krizevzi (ésta en Yugoslavia), y sigue aún en uso entre los ruthenos de la diáspora.

Su origen proviene de Kiew, cuando este país aceptó el cristianismo que le predicaron los bizantinos, y comenzó a celebrar sus oficios litúrgicos en la lengua eslava antigua. Las traducciones de sus libros les llegaron de los búlgaros y serbios, pero el rito siguió celebrándose con características peculiares y sin gran uniformidad. Esas divergencias aparecen en los diversos manuscritos, y no desaparecieron cuando comenzaron a imprimirse ya los libros litúrgicos, en el siglo xvii. El que dio la mayor impronta a este que podríamos llamar rito rutheno fue el metropolitano ortodoxo de Kiew Pedro Moghila, con las ediciones del *Liturgicon*, en 1629 y 1639, y del *Eucologio* o *Trebnik*, en el 1646.

⁴² Véase CORNELIS JERÓNIMO, A. A.: «Derechos y obligaciones de las Iglesias católicas de Rito Oriental, base para realizaciones futuras», *Unidad Cristiana*, 1967, números 9-10, p. 80; el artículo de P. CORNELIS se extiende de la página 85 a la 92; además, EDELBY, N.: «La vocation des catholiques orientaux», *Perspectives de Catholicité*, 1962, pp. 237-246; en italiano, en *Selezione Missionaria*, 1964, pp. 6-13; VRIES, Wilhelm de, S. J.: «Los patriarcados católicos orientales y el problema de la reunificación de todos los cristianos», *Orbis Catholicus*, 1962, I, pp. 423-432; ZOCHBY, Elias: «Uniatismo y Ecumenismo», *Oikumenikon*, 1964, I, pp. 207-237; MÁXIMOS IV: «Orient Catholique et unité chrétienne», *Proche Orient Chrétien*, 1960, pp. 291-303.

Por aquel tiempo Kiew pertenecía al Estado lituano-polaco, y hubo de sufrir el influjo del Occidente en sus escuelas, academias, teología y liturgia. Por otro lado, la falta de comprensión de muchos latinos, que a veces se transformaba en verdadero desprecio del rito oriental, ocasionó el que se omitieran, cambiaran, o ampliaran algunas ceremonias litúrgicas. Cuando Kiew pasaba nuevamente a Rusia hacia el 1685, se continuó la reforma Moghiliana en Galitzia, donde sus diócesis no se habían adherido aún a la unión sellada en Brest-Litowski. Al contrario, en las diócesis unidas de Polotsk, Vilna y Suprasl, el contacto con los latinos provocó serios cambios en el campo litúrgico que aparecieron ya en la edición del *Liturgicon* hecha en Vilna en 1692. Al aceptar luego la unión los obispos de Leopold y de Peremyzl, se hizo necesaria la convocación de un Sínodo, en orden a establecer una cierta uniformidad litúrgica entre los uniatas del Norte y del Sur. Este Sínodo fue el de Zamosc en el 1720, y vino a ratificar algunos cambios rituales introducidos ya en el Norte, pero la decisión sobre otros puntos particulares la dejó para tiempos ulteriores. Fue entonces cuando comenzó una «latinización» del rito, más calculada y metodizada, no obstante la oposición manifestada de los más conservadores, y por supuesto sin la aprobación de la Santa Sede, que llegó a prohibir, aunque ya tarde, el paso de los convertidos, del rito bizantino al rito latino. El hibridismo ha persistido hasta nuestros mismos días, en que se ha pedido a la Santa Sede una reedición de los libros litúrgicos, que salvaguarde el patrimonio ritual oriental. Ya han aparecido algunos de esos libros, a partir del 1940⁴³.

Vemos, pues, que este «rito rutheno» no se ha mantenido puro o genuino dentro del rito puro bizantino. Contiene cantidad de hibridismos textuales y ceremoniales. Cambios debidos por lo general a iniciativas privadas, introducidos poco a poco después de la Unión de Brest Litowski del 1695. En última instancia han de atribuirse como norma general a la poca cultura religiosa y litúrgica del propio clero rutheno. No existían entonces seminarios para el clero secular, y no había de haberlos hasta fines del siglo xviii, por lo que su instrucción era harto escasa en todos ellos.

Así fue formándose poco a poco toda una mentalidad favorable a la corriente común que los llevaba insensiblemente hacia una *polonización* y hacia una *latinización*. Los estudios litúrgicos apenas interesaban entonces

⁴³ RAES, A.: «Le rituel ruthène depuis l'Union de Brest», *Orientalia Christiana Periodica*, 1935, pp. 361-392; RAES, A.: «Le Litourgicon ruthène depuis l'Union de Brest», *ibidem*, 1942, pp. 95-143.

más que a unos cuantos eruditos, por lo demás generalmente occidentales. Era inevitable una alteración del rito, de la que se salvaron los ortodoxos del Arzobispado de Kiew, primero gracias a la intervención de su metropolitano Pedro Moghila, y luego al hecho de haber sido absorbidos por el Patriarcado de Moscú.

Las alteraciones fueron numerosas ciertamente. Con el fin de favorecer la celebración frecuente, y aun cotidiana de la Divina Liturgia, o Misa, los basilianos de Italia imprimieron en Roma, en el 1683 un Misal, siguiendo la pauta del Misal Romano. En Vilna aparecía otro, calcado en el mismo anterior, en el 1692. Si la idea era buena, su realización no lo fue en verdad. Las rúbricas de este Misal eran ya muy afines a las rúbricas latinas. Más aún, en 1744 aparecía otro Misal que para las Misas privadas tenía ya una verdadera adaptación del rito para la celebración de tales Misas en el Misal Romano. Al mismo tiempo iba cambiando el aspecto de las iglesias: multiplicación de altares, adosados al muro, por tanto no exentos como los bizantinos, y sin iconostasio alguno; luego introducción del órgano, sustitución de los panes eucarísticos tradicionales por «hostias secas», supresión de la prótesis, ornamentos semejantes a las dalmáticas latinas para los diáconos, etc. El clero vestía a la usanza latina, y predicaba preferentemente en polaco, la lengua de los señores.

Gran parte de la aversión de los ortodoxos contra los uniatas se debe precisamente a esa latinización en la liturgia, pues muchas veces creían, aunque erróneamente, que eran impuestas por la autoridad, en un plan bien determinado de acabar con el rito oriental. Ciertamente, la Santa Sede, o las autoridades romanas, no intervenían en estas cosas, atentas a que se conservara íntegra la fe y a que se ajustara a los cánones la misma disciplina eclesiástica. En cuestión de liturgia dejaba obrar a los mismos interesados. Pero aún en nuestros días es difícil persuadir a los rusos, por ejemplo, que las cosas se han sucedido así, por lo que a las repetidas invitaciones que se les han hecho a la unión responden con el ejemplo de lo que llaman la Unión ruthena.

Estas alteraciones rituales abundaban sobre todo entre los uniatas de Bielorrusia y de Volhynia. No tanto entre los de Galitzia, que entraron casi un siglo más tarde.

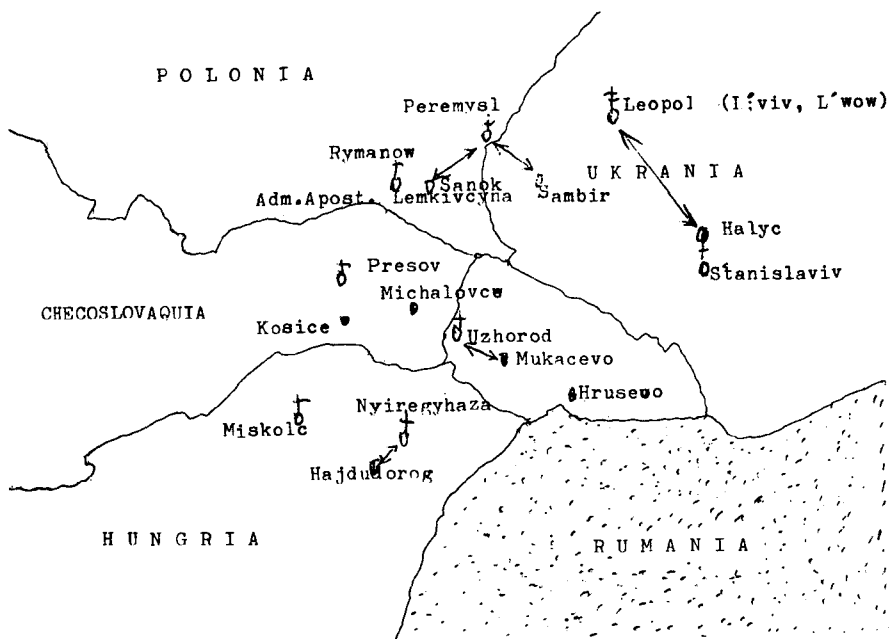
En todo caso, no pocos obispos ruthenos comenzaban a pedir una reforma del rito rutheno, de modo que volviese a su antigua genuinidad. En las conferencias episcopales de 1927 y de 1928 se ocuparon de estos problemas

ANGEL SANTOS HERNÁNDEZ, S. J.

y enviaron la petición a la Santa Sede. De 1930 a 1935 trabajó en ello una Comisión que funcionaba en Leopold; otra Comisión se nombraba en Roma para el mismo fin. En la actualidad se trabaja para que el rito rutheno vuelva a toda la pureza propia del rito greco-bizantino⁴⁴.

ANGEL SANTOS HERNANDEZ, S. J.

RUTHENOS DE EUROPA (CATOLICOS)



⁴⁴ GATTI-KOROLEVSKIJ: «L'osservanza rituale», en su obra *I Riti e le Chiese orientali*, Génova, 1942, pp. 753-763; CHUBATY, Nicholas: «Development of the Kiev-Ruthenian Rite», *Diakonia*, 1970, pp. 42-54.

CRONOLOGIA

